

—Naturalmente. ¡Y bien! en la sociedad actual, según ella está organizada, teniendo en cuenta nuestra educación, nuestras costumbres, el poco tiempo que nos deja libre la lucha por la vida, hay una gran mayoría ajena a los rudimentos de la esgrima, pero no es menos numerosa la legión de aquellos que ignoran los elementos más simples de lo que yo llamaría... el arte conyugal. ¡Cuántos hombres, absortos en sus cavilaciones hasta el momento de su enlace, quedan asombrados, turbados, en el dintel de la estancia nupcial, y se preguntan con angustia cómo hacer para entablar la primera conversación! He aquí pues, en la educación masculina, un vacío que pretendo yo llenar.

—Empiezo a comprender. Sin embargo, si es cierto que muchos hombres no han tocado jamás una espada, es poco probable que no hayan tocado jamás...



—¿Una mujer? Sí. Y más aún, muchas... Pero, ¿qué clase de mujeres? Mujeres sólidamente preparadas, mujeres... profesionales, que han abdicado hace tiempo todo su pudor, a las cuales nada puede enseñarse. Esas mujeres no tienen nada común con las jóvenes casaderas, y el conocimiento de aquellas, la experiencia, no puede utilizarse para las otras. Las jóvenes que se casan son seres misteriosos y cándidos, y puedo asegurarle a usted que no es poco el trabajo necesario a objeto de transformarlas en mujeres. Es un Rubicón terriblemente